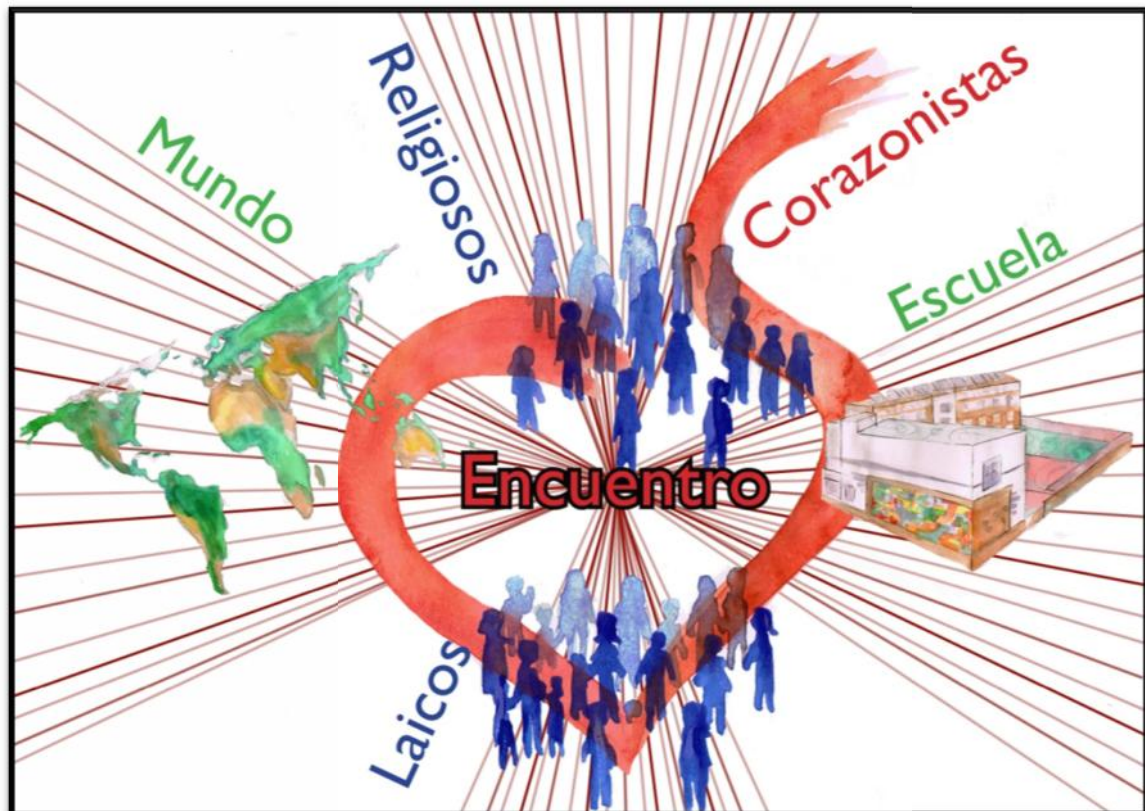




“momentos nuevos”

Comunión en la Fe, en la Fraternidad y en la Misión

...en fidelidad al carisma para la continuidad de la misión educativa y evangelizadora del Instituto en nuestra Provincia.



EN LA ENCRUCIJADA DE LA SECULARIDAD



“momentos nuevos”

1. Secularidad: La batalla del lenguaje. A río revuelto ganancia de pescadores.

El lenguaje es nuestra casa decía un poeta. Cierto es que configura nuestro mundo mental y sentimental. Si no estamos atentos acataremos sumisa y acríticamente la imposición del pensamiento único. Esto ocurre con los términos secular y secularismo, laico y laicismo, público y estatal hasta pervertir el lenguaje y crear confusión.

Ante el malestar social reinante cualquier ocasión da pie, en los medios de opinión o en la calle, para enarbolar la bandera de estado «laico» y escuela «laica», cuando debieran decir «laicista» pues lo que en realidad están pidiendo es fuera la fe y la religión de la esfera pública y su reclusión en la sacristía y en el ámbito privado, como si el hecho religioso no formara parte de la cultura ni contribuyese al bien común, conculcando con ello derechos fundamentales como la libertad religiosa y la libertad de enseñanza.

Lo mismo cabe decir del ya viejo debate de escuela «pública» y escuela «privada», amén del largo y degradante título de «colegio concertado sostenido con fondos públicos». Confundiendo con ello escuela «pública» con «estatal», pues lo público no se agota en lo estatal, y como si la escuela estatal no estuviera sostenida con fondos públicos, pues todos somos pueblo y pagamos religiosamente nuestros impuestos, solo que en el caso de la concertada, de la tarta del presupuesto solo se cubre la mitad del puesto escolar del ciudadano, una manera muy sutil de reconocer el «pluralismo» de la sociedad y ahogar la «iniciativa social» a favor de un «bien público» – del pueblo y no monopolio del estado ni del partido – como es la educación. Y lo que suele ocurrir es que ni el Estado ni el Mercado son buenos educadores. El primero por potencia intervencionista (modelo de hombre moral) y el segundo por poder elitista.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Se trata de un largo proceso histórico de emancipación de ámbitos del orden temporal de la tutela del poder eclesiástico. Se le llamó «secularización» y como tal es justa y positiva. Aparece por primera vez en 1648, en los tratados de la Paz de Westfalia, que pusieron fin a la Guerra de los Treinta Años. Entonces se trataba de secularización de los bienes eclesiásticos, de su transferencia a los príncipes regentes. Así se dice que pasaron al «siglo» o «mundo» – eso significaba «saeculum» en latín – en oposición a Iglesia. Con el tiempo adquiere un significado cultural y muchas tareas llevadas por la Iglesia las fue asumiendo la sociedad: secularización de la política y el Estado (legitimación no teológica), de la economía, del saber (ciencia, filosofía), el arte, la notaría, los hospitales, la enseñanza,...

Así pues, «secularización» sería la *legítima afirmación de la autonomía natural o funcional de toda realidad creada*. Pero desde la Ilustración se desarrollan, a la vez, corrientes ideológicas que afirman la autosuficiencia plena, la absoluta independencia existencial del mundo y del hombre respecto de toda realidad trascendente. Supone negar la condición creatural de la realidad y afirmar el ateísmo y el agnosticismo. Esto es lo que se llama «secularismo» cuya vertiente socio-política es el «laicismo» con dos derivas: el laicismo religioso (excluir la religión de la sociedad) y el laicismo político (autosuficiencia plena del Estado, única instancia de sentido legal, existencial y moral).

Los partidarios del laicismo reducen lo común o «laico» (laos = pueblo) a lo no-religioso privilegiando, a su vez y paradójicamente, una única opción particular religiosa – el ateísmo –, que deja a los cristianos como ciudadanos de segunda y convierte al Estado laico, de todos y para todos, no en «neutral» sino en «neutralizador». Pero ninguna opción particular define lo común, asiento de la convivencia de una sociedad abierta y pluralista. El estado es de suyo laico y también lego en competencia religiosa y moral, no así el pueblo soberano en su conciencia y en sus convicciones. Así pues ni lo laico se agota en lo estatal ni lo particular se agota en lo religioso. El ciudadano tiene otras muchas convicciones y no dejan de serlo las no-religiosas. «Secularidad» es, pues, *el valor positivo de todo lo profano o mundano, de la libertad del hombre y los valores democráticos que inspiran el bien común*, lo que no implica la marginación de Dios y el sentido religioso.

2. Secularidad cristiana: Laico, lo común. Lo secular, punto de encuentro y lugar de Dios.

Para justificar el valor profano del mundo y la autonomía de las realidades temporales los cristianos nos inspiramos en la **teología de la creación** (GS 36). Allí con reiterada insistencia se nos dice que el mundo no es Dios, pero que cada cosa creada es buena, que nada es sagrado salvo la dignidad y la libertad del hombre su signo en el mundo (imagen y semejanza). Que el papel de Dios creador es entregar la creación al hombre, nombrándole heredero para que la administre, la cuide y la ordene hacia el bien (LG 31).

Esta **desacralización / mundanización** del mundo, única entre las religiones, establece una relación de alteridad entre Dios y el mundo (*desmitificación-desdemonización* de las fuerzas naturales) donde Dios se retira dándole *autonomía al mundo y libertad plena y soberana al hombre* (Gál 4, 1.7). Y es fuente de autonomía y racionalidad



“momentos nuevos”

(ciencia, tecnología) y por ello también de progreso y responsabilidad moral. Pero, a su vez, conlleva una relación de *dependencia fundamental o existencial* de Dios padre y creador, vista como filiación y reciprocidad (alianza), porque ni el hombre (ni el mundo) tienen fundamento en sí mismos, ni en su origen ni en su final, por eso es un irredento buscador de sentido. Esa retirada de Dios como *invisibilidad y autolimitación*, conlleva también el pluralismo y el ateísmo.

El concilio Vaticano II fundamenta la secularidad en la **encarnación de Cristo** (GS 38). «*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su hijo único [...]. No para condenar al mundo, sino para salvarlo*» (Jn 3, 6-18)

Jesús se hizo carne del mundo entre los hombres y fue un laico. No fue ni funcionario del templo, ni ostentó cargo alguno relacionado con lo sagrado. No admitió para él ni para sus seguidores, distinción alguna, ni privilegios de ninguna clase ante la sociedad de su tiempo, su pueblo. Fue uno más entre los demás. La connotación propia de «lo laico» es lo común a todos, y por eso, «lo laico» es lo que une a los ciudadanos y suprime categorías y privilegios, que es lo que resulta odioso y dificulta las relaciones entre las personas. Exige a los suyos ningún tratamiento de «maestros», «padres», ni «señores», porque todos son hermanos. Más aún, si en algo se han de distinguir es en ser «servidores» de los demás.

Las religiones, en general, se estructuran acentuando en exceso la diferencia entre «sagrado» y «profano». Jesús rompió adrede con eso en medio de una sociedad *teocrática* que terminaría por condenarle. Fue el Copérnico de la religión. Secularizó y humanizó a Dios: «*quien me ha visto a mí ha visto al Padre*», «*el que no ama a su hermano a quien ve no puede amar a Dios a quien no ve*», «*tuve hambre y me disteis de comer...*». Suprime el culto: «*No todo el que dice Señor, Señor...*», «*el samaritano y no el sacerdote que pasa de largo para ir al templo*», el templo: «*vosotros sois templos del Espíritu de Dios*», los sacrificios: «*deja tu ofrenda en el altar y ve a reconciliarte con tu hermano*» y lo sustituye todo por el «*gran mandamiento*».

La condición laica, nos sitúa a todos en el mismo plano de obligaciones y deberes, en igualdad de derechos y nos acerca a Dios como hizo Él. El evangelio no es un libro «sagrado», es un libro sobre la plenitud de Dios en lo humano, es un proyecto de vida plenamente humana, que nos enseña lo que ha hecho Dios por el hombre: encarnarse, descender, humanizarse, despojarse de su poder y su gloria, igualarse con todos, solamente haciendo nosotros eso, es como la religión será auténtica: llevaremos a Dios dentro.

La secularidad es el punto de encuentro en la encrucijada – el mundo, la escuela, el laico y el hermano –, y espacio de evangelización. *El mundo* es el orden de la materia y creación de Dios; *el hombre* es la medida de todas las cosas y Dios la medida del hombre – Signo de Dios –; *el profesor* es una forma particular y elevada de mirar y estar en el mundo: *enseñar* (*insignare* = señalar hacia), es decir, mostrar el camino a seguir, si es **cristiano**, además señala y apunta al *más allá* del Signo. La **escuela católica**: una oferta «pública» de aprendizaje y cultura, lugar de evangelización para el desarrollo del Signo – el alumno –. *El hermano* mantiene y expresa su carácter laical «sirviendo» en la escuela como su templo y siendo fermento de comunidad. *El mundo* en su concepción temporal es la **historia** como construcción social del hombre y oportunidad abierta a la acción de Dios como «opción por el Reino».

Si la secularidad es el lugar de encuentro y lo laico lo común, la tarea de todos es construir y desarrollar **nuestra escuela** desde el diálogo, la implicación y la corresponsabilidad. Porque amamos este mundo y estimamos el valor de lo humano, amemos nuestra escuela transformándola en **hogar y taller** de humanización. Más allá de reclusiones en el *reduccionismo intelectualista* de nuestra profesión, amemos ante todo la *educación* descubriendo el *poder formativo y moral* de las materias que impartimos y no el meramente instrumental. Trascender el «cielo» del saber y la profesionalidad, relativizándolo en la «tierra» del alumno y su «*personalización*», único horizonte y criterio de toda educación humanizadora.

La preocupación por el mundo y la educación conlleva ser **críticos con la cultura** que impartimos y a qué *tipo de hombre servimos*. La «**cultura escolar**» no puede ser la cultura social dominante. La cultura de cada época tiene sus valencias y sus carencias en cuanto a valores. No todo humaniza en nuestra cultura social: el individualismo, el subjetivismo, el narcisismo, el éxito competitivo, el consumismo, el hedonismo... No serviles sino corresponsables para que la escuela sea lo que debe ser, una *institución del encuentro con la alteridad* (los otros importan), de *búsqueda de la verdad* (el realismo de conocer las cosas como son, no como me parece que son), de *construcción de una verdadera sociedad democrática y solidaria* (pasar del mero gregarismo, del punto de vista y los intereses propios a la búsqueda del bien común y la justicia). ¿Quién no está de acuerdo con esto? Nuestro **Proyecto educativo** contiene esa misma propuesta común de valores, adueñaros e inspiraos en él para diseñar proyectos que ayuden a progresar a vuestros alumnos. Sin olvidar que no se trata de mera transmisión sino de un verdadero «encuentro» con la cultura humana ofreciendo a los alumnos los medios para comprender el mundo y ocupar un lugar como



“momentos nuevos”

ciudadanos comprometidos en él. Más que *instruir* se trata de *instituir humanidad* en el hombre. Siempre nos quedará la pregunta crítica: **¿qué vale la pena enseñar?** Siempre, lo que une y lo que libera, aquello que más forme y humanice. Piénsese esto, atrévase y actúen en consecuencia.

Somos *pueblo educativo en medio del mundo*, que conlleva no ser átomos sino «crear lazos»: **construir comunidad educativa**, no solo de profesiones sino de valores y fines, de educadores que aprenden y crecen juntos convergiendo en la misma misión. Una señal de identidad católica es que hay verdadera comunidad y no mera yuxtaposición de miembros. Una versión laica del «*amaos unos a otros...*», común a todos, y en plan *ética mínima*, sería crear y recrear esa comunidad de «**vida**» educativa, no de intereses. Otra versión laica de lo católico (= universal) es que *no se excluye a nadie* que quiera, viva y apoye lo educativo corazonista como propio. Sería un reduccionismo empobrecedor y clericaloide la identificación por lo profesional, una pobreza moral. La verdadera comunidad educativa la constituyen además padres y alumnos. Todo un horizonte de posibilidades no bien aprovechado. Una ocasión para considerar a los padres como verdaderos educadores responsables y comprometidos en la misma causa y no solo como paganos y portadores de alumnos al colegio y reducir su papel a concursos y festejos.

Lo común no se identifica con la uniformización sino con la convergencia sustancial y la pluralidad creativa de identidades personales al servicio de la unidad. Lo común, por tanto, reconoce y **favorece la identidad**. Nuestro paso por la vida configura nuestra manera de comprendernos y desplegarlos a nosotros mismos en relación a nuestra condición, opciones vitales, relación con los demás y horizontes de sentido. Una parte fundamental de esa identidad es la *identidad cristiana*, signo de nuestra escuela. Se puede y se debe preservar de diferentes maneras: respeto, colaboración, implicación e identificación. Entendemos que en ella, reflejo de la sociedad, hay diferentes sensibilidades entre sus profesores desde la indiferencia, el agnosticismo o la comunión. A los alejados y los que no creen, primero decirles que Dios sí cree en ellos y que les acompaña en su cercanía: más íntimo que su misma intimidad. Solo les falta verlo. Porque Dios no es rival del hombre sino su horizonte de plenitud, lectura que no supo o no pudo hacer la Ilustración. Y en segundo lugar, amen ante todo la persona de los alumnos y perfeccionen su talla moral, su humanidad, a pesar de las dificultades. Nos vemos en lo universal: amar la humanidad. Y a los creyentes, despierten su conciencia a la auténtica religión y sin dualismos vitales *apunten y transparenten el verdadero rostro humano de Dios haciendo emerger el Signo*.

Y por último, como *principio ético laico* sigamos a S. Agustín cuando dice: «*En las cosas necesarias, la unidad; en las dudosas, la libertad; y en todas, caridad*».

3. Comunidad cristiana: garante de la identidad y la misión

Para el cristiano, solo Dios es sagrado pero todo es sacramental. Todo habla de Dios y a Dios. En el pasado la presencia pública de la Iglesia se logró al precio de sacralizarlo todo. Hoy debe conseguirse aprendiendo a vivir religiosamente lo profano.

El **LAICO CRISTIANO** y el **HERMANO** tienen en común su *consagración bautismal*, están llamados a compartir algo más que un trabajo. El laico cristiano, testigo de la fe en la escuela, es presencia viva de Iglesia en su dimensión educadora. Pero un cristiano solo no es cristiano. El Dios trinitario es comunidad y congrega a vivir comunitariamente la fraternidad. Si no hay comunidad cristiana que comparte, vive, celebra su fe y *comulga en el carisma y la misión* no hay escuela católica corazonista, faltaría el signo de identidad y de misión; se apagaría el fuego del carisma y su *dimensión profética* y ésta es irreductible a la mera *gestión*.

La **ESCUELA CATÓLICA** tiene como signos laicos la razón, la fraternidad y la libertad. Privilegia el *diálogo cultura y fe* y la *educación para la justicia*. Mira el **MUNDO** con ojo crítico y entrañas de misericordia.

Con la constitución de esa «**COMUNIDAD DEL SIGNO**» la escuela de los hermanos podrá *seguir siendo ella misma* sin ser ya lo mismo. Si hoy fuéramos capaces de conseguir personalizar nuestra fe y promover auténticas comunidades cristianas, de la crisis provocada por la *secularización* la Iglesia saldrá cuantitativamente disminuida pero cualitativamente fortalecida.